ALGÚN DÍA SERÁS COMO NOSOTROS

Juan Carlos Méndez Guédez

Al ver que el vestido de Mónika se transparentaba comprendí que la fiesta sería un espanto. Lo supe al sentir un pinchazo en el abdomen. Ya lo tengo detectado. Cuando esa sensación me picotea la barriga es que algo va a ir muy mal.

Mi vida habría sido otra si le hubiese prestado atención a esas señales. Mi cuerpo es sabio, envía pertinentes avisos, sólo que mi cabeza intenta no comprenderlos.

Esa mañana cuando fui a buscar a Mónika sonreí, le dije que era preciosa. Pero el pinchazo siguió allí. Duró tanto que aunque yo me sentía alegre comencé a sudar.

Cuando tomamos la carretera y el aire de las montañas sopló sobre nosotros en vez de alegrarme por Mónika, por la jugosidad de sus palabras, por esa flexibilidad que saltaba desde su cuerpo como una invitación, pensé que deseaba quedarme poco tiempo en la fiesta, que estaría bien ir un rato, saludar, compartir un par de cervezas y luego largarnos para pasar la tarde tirados en la cama, leyendo esos poemas de Ashbery que a ella le encantaban y que yo comprendía a medias.

Apenas al llegar a la fiesta Luis Enrique me puso un whisky en las manos y abrazó ruidosamente a Mónika. Supuse que el whisky podía aliviar el pinchazo que ya me iba tomando las costillas. Así fue. En tres tragos me acabé el vaso y esa sensación gélida dejó paso a un bienestar fogoso.

Saludé a los otros amigos. Les presenté a Mónika. Hola, este es Oswaldo, este es Harry, esta es Ana Enriqueta, este es Javier. Algunos de ellos están conmigo en la publicidad, otros son de la época universitaria.

Ellos respondieron el saludo de mi chica con sonrisa afable, distraída. Oswaldo y Harry se estaban liando un canuto gigante; Ana Enriqueta tomaba el sol con un bañador entero de color verde y cada tanto bebía un gin tonic, mientras Javier miraba un tablero de ajedrez y antes de mover una pieza murmuraba palabras que regaba con cervezas tibias.

Mónika me pidió un nestea de limón. No conseguí ninguno. Le ofrecí una coca cola. Probó un par de sorbos, la dejó en una mesa y se echó protector solar en los brazos. Parecía nerviosa. Producía ternura contemplar esa sensación de perplejidad en ella que el resto del tiempo era expansión y euforia, porque cuando Mónika estaba con sus amigos era la voz que más se escuchaba; la que colocaba la música; la que miraba en Internet las obras de teatro o las películas de culto que podíamos compartir; era ella quien preparaba platos exóticos que en ocasiones quedaban exquisitos y en otras resultaban divertidamente incomibles. A pesar de su breve tamaño Mónika siempre terminaba imponiéndose, con dulzura, con firmeza. Por eso no dudó nunca en invitarme a sus reuniones desde que comenzamos a salir. Me hizo habitual entre sus compañeros de universidad y aunque ellos miraban con extrañeza a ese cuarentón que citaba series de televisión que nadie recordaba, terminaron acostumbrándose a mi presencia adormilada.

Es raro. Lo sé. Pero lo contrario no había sucedido nunca. Les hablaba a mis amigos de Mónika. Les hablaba mucho; con entusiasmo; con alegría; con complicidad. Pero jamás se me había ocurrido que asistiese a alguna de mis reuniones hasta que ella lo pidió.

Claro, gran idea, le dije

Y ahora estábamos allí. Todo parecía tranquilo. Mis amigos bebían; escuchaban a todo volumen grupos de Heavy que nadie recordaba, y de tanto en tanto discutían sobre la mediocridad de algún político, de algún director de cine, de algún cantante, de alguna campaña publicitaria. Todo les resultaba asqueroso pero lo decían con un convencimiento y un ingenio que a mí me resultaba divertido.

Otros días yo me sumaba al linchamiento pero esa mañana preferí estar cerca de Mónika. Me gustaba adivinar sus hombros tras la tela de su ropa y mirar su sonrisa educada, distante, como si quisiese agradarlos a todos con su silencio.

Miré el reloj. Lo hice un par de veces pero el pinchazo en el abdomen amenazaba con regresar y yo lo sepultaba con ardientes whiskies. Luego dejé de mirar la hora e imaginé que sería un día agradable, un día repetido, y que al llegar la noche Ana Enriqueta nos sacaría a bailar a todos una anacrónica lambada y con algo de suerte no terminaría llorando en una esquina recordando a una hermana que se había muerto debiéndole dinero.

Harry le invitó un canuto a Mónika y ella le dio un par de caladas. Luego alguien comenzó a preparar la carne y mi chica y yo estuvimos ayudando a cortar ajos. Yo era bastante más ágil que ella. Estuvimos bromeando con el tema. Ella dijo que debíamos abrir un restaurante en alguna ciudad lejana: en Bangkok; en Nagasaki; en Manila. Luego preparamos una ensalada con tomates, lechuga y palmitos, y Ana Enriqueta apareció victoriosa con una lata en la mano: en el fondo de un refrigerador había conseguido un nestea y se lo entregó a Mónika soltando una parrafada en latín.

Comimos muchísima carne. Estaba estupenda.

Ana Enriqueta se quejó un par de veces porque le gustaba la carne poco hecha y decía que le habíamos dado una suela de zapato. Lo cierto es que estaba deliciosa y sólo cuando iba por el tercer plato recordé que Mónika era vegetariana.

El pinchazo volvió, pero la propia Mónika insistió en que ella no era militante; sólo prefería no comer demasiadas toxinas y cadáveres de animales indefensos; animalitos cuyo sufrimiento acababa de ingresar a mi torrente sanguíneo para devorar mi corazón y dejarme tieso frente a ella cuando me abrumase con uno de sus polvos de veinte años y dos horas diarias de gimnasio y una de yoga.

No lo dijo así. Ese es el problema. Que no me conformo con las palabras de la gente sino que intento mirar debajo de ellas. Soy como una persona que todo el tiempo está intentando espiar debajo de las moquetas y aunque casi nunca encuentro nada especial, a veces tropiezo cosas asquerosas que jamás debí mirar.

Pero no quiero decir que me sucediese eso con Mónika. Ella sólo dijo: no me gusta demasiado la carne, igual probé un poco, estaba buena; además me puse hasta el tope de ensalada.

Era una frase hermosa. Sólo con esas palabras debí olvidar para siempre el pinchazo en el estómago; sentirme parte de la fiesta; bailar; cantar un rato y luego largarme con mi chica a leer a Ashbery. Pero me sentí extraviado, un poco egoísta y miserable, asando kilos de colesterol, abrasando cadáveres que una mujer increíble nunca llevaría a su boca.

Mónika me dio un pequeño beso en la nuca y la vi ponerse de pie. Poco a poco avanzó hacia la piscina y su vestido transparente dejó apreciar un pequeño bikini violeta. Me bebí el whisky entero: al principio pensé que tomado por la euforia de ver esa silueta que se desnudaba para mí cada noche y se agitaba y jadeaba y me mordía; pero luego comprendí que sólo se trataba de un infinito miedo. No te bañes en la piscina, le grité y ella pareció no escuchar. La vi quitarse el vestido, estirar los brazos, tocar el agua con la punta del pie y luego lanzarse un clavado hermoso.

Aquí es donde las palabras no sirven, no llegan. Porque ella hacía todo esto y al mismo tiempo, pero exactamente al mismo tiempo, no un poco antes ni un poco después, sino en ese mismo momento de brazos estirados/pie en la piscina/vestido fuera, el sol pareció lamer la silueta de Mónika y yo pensé en uno de esos cuadros de Sorolla donde los cuerpos parecen untados por un aceite natural que brota de ellos mismos y también del aire y de la propia luz hasta convertirlos en algo material, palpable. Lo curioso fue que mientras ella se sumergió en el agua yo comencé a sentir el silencio que crecía. Esos silencios previos a los terremotos, a las inundaciones, a los cataclismos. Ese silencio que todavía no es nada pero ya va siendo y que será un poco más. Y cuando Mónika salió de la piscina ninguno de mis amigos dijo una palabra. Todo quedó enmudecido. Ni el aire; ni los pájaros; ni los automóviles de la lejana carretera; ni la música. Todo callado. Muy callado. Y es que ahora Mónika parecía una diosa que flotaba y avanzaba por el césped sin poner los pies en la tierra. Así cuando se dio la vuelta y nos miró sonriente: toda curvas, bruñidos músculos, tensión, tersura, yo supe que sobre su cuerpecito se estaban clavando varios pares de ojos repletos de odio, deseo, incredulidad, rabia, alegría, resignación y sorpresa.

J.C. Méndez Guédez (Foto de Nicolás Melini)

¿De dónde la sacaste? susurró en mi oreja Ana Enriqueta con espesas palabras y me pareció que más que hablarme intentaba arrancarme la oreja de un mordisco.

Me serví otro whisky. Los primeros minutos mientras Mónika entraba y salía de la piscina, mientras caminaba hasta el trampolín: perfecta, durísima, suave, yo percibía que cada paso suyo era un desafío, una imprudencia, un exceso.

Ana Enriqueta volvió a preguntarme algo sobre Mónika y le susurré que nos habíamos conocido en un ciclo de cine mudo. A ella la idea le pareció absurda; intentó una carcajada que se ahogó en su garganta. Luego comenzó a toser. Yo pensé en muelles rotos: en metales carcomidos. Mi amiga me puso la mano en el hombro y vi el nacimiento de sus senos flácidos y su vientre abultado. Resultó una imagen desconsoladora. Hace quince o veinte años estuvimos jugueteando en un club de playa. No podía asegurarlo. No podía asegurar si llegué a estar dentro de ella, pero en aquel momento me pareció una idea muy mala y por eso mismo me pareció una idea bastante atractiva.

En aquellos tiempos Ana Enriqueta estaba casada con Javier; de hecho todavía puedo mirarlo a él concentrado en un libro sobre grandes partidas de ajedrez mientras mi amiga y yo: tambaleantes, espesos, nos escondíamos detrás de unas palmeras, y en medio de una borrachera feroz empezábamos a desvestirnos. No recuerdo nada más. No recuerdo detalles. Sólo conservo la impresión de una piel gelatinosa y la idea de que mi amiga mordía en exceso, como esas personas torpes que sustituyen la pasión por el canibalismo.

Mónika salió una vez más de la piscina. Luego se sentó a mi lado. Su piel brillaba. Le preguntó a Ana Enriqueta si quedaba otro nestea y mi amiga no respondió: hizo un gesto de cine mudo y se marchó caminando como Chaplin. El pinchazo casi me dobló. Era el momento. Sí. Por Dios que lo era. Un par de gestos de despedida y a casa.

Al fondo escuché a Oswaldo hablando por el móvil, diciéndole a alguien que este mes iniciaría un tratamiento más fuerte y que no tenía muchas esperanzas. Resoplé. Me puse de pie para marcharme pero Mónika me susurró algo en el oído y me pareció tan dulce ese hilo húmedo de sus palabras que la miré sonriente. Ella parecía preocupada, luego volvió a repetir una frase. Te mira, tu amigo no deja de mirarte y señalarte con el dedo.

Alcé la barbilla. Luis Enrique, recostado de un árbol y con los ojos incendiados por la ebriedad, murmuraba frases incomprensibles y me apuntaba con su mano.

Tranquila. Siempre es lo mismo. No le prestes atención, murmuré.

¿Qué le pasó en el dedo? Musitó ella. Le hice una seña para que callase. Me puse de mal humor. Mónika debía aprender a ser discreta. A Luis Enrique le faltaba un trozo del índice de la mano derecha, y con ese muñoncito me señalaba y me señalaba cada vez que se emborrachaba, lo que no es excesivamente extraño si tomamos en cuenta que fui yo quien se lo amputé.

Quiero pensar que no le conté esa historia a Mónika, pero por momentos me parece recuperar ciertos trozos de palabras, ciertas frases en las que ella abrió mucho los ojos. Así que es posible. Tal vez sí.

Me gusta creer que no le conté nada porque no es una gran historia.

Una madrugada de tantas. Luis Enrique, Oswaldo y yo regresábamos de alguna reunión y nos pareció buena idea irnos a la casa de montaña de unos conocidos. La casa de un amigo de un amigo; un lugar donde habíamos pasado una semana espléndida en los tiempos de la universidad, el lugar donde se nos ocurrió montar la agencia publicitaria y donde la abuela de los dueños pasaba la noche sentada en su silla de ruedas aniquilando whiskies.

Aquella noche estábamos aturdidos porque habíamos perdido una buena cuenta y lo estábamos digiriendo entre litros de ron, millones de porros y un par de líneas que acabábamos de oler.

Por eso la idea de visitar a la anciana nos pareció estupenda.

Estuvimos mucho rato perdidos en un pueblo de la sierra buscando aquel chalet. Dimos vueltas. Vueltas, vueltas; vueltas. Más vueltas. Vueltas.

Me aturdí. Entré de lleno en ese momento del cuerpo y de la noche cuando la cabeza me duele y la garganta tiene un sabor amargo, como a perro muerto. Esos momentos en los que se acaba el alcohol y no hay cigarrillos ni nada de nada excepto tres idiotas dando vueltas en calles heladas, solitarias.

Les pedí que regresáramos y a Oswaldo le pareció buena idea, pero Luis Enrique insistió en que no. Se puso hecho una furia. Casi le salió espuma por la boca. Al final conseguimos un chalet sin coches aparcados. Era obvio que los dueños lo utilizaban sólo los fines de semana. Imaginamos que adentro encontraríamos dos o tres botellas y saltamos una valla para robarlas en pocos minutos. Me ocupé de la puerta con un par de puñetazos pero cuando entramos me pareció que era una imprudencia dejarla abierta. Con una patada la cerré de golpe.

El portazo fue un sonido silbante, como el de una hoja tierna cuando la rasgas. Luis Enrique había dejado su mano apoyada y la falange saltó como una salchichita hacia el jardín.

Nunca me lo reclamó. Al menos cuando se encontraba sobrio. Yo actué con mucha serenidad y aplomo esa noche: le envolví la herida, guardé el trocito en una taza de café, conduje a toda velocidad hasta una urgencia donde nada pudieron hacer. Si no hubiésemos estado tan lejos de la ciudad habrían podido salvarle el dedo.

Le pedí a Mónika que me ayudase a conseguir whisky y ella me sugirió que parase de beber. Le dije que prefería hacerme al sordo, igual que había hecho ella cuando le rogué que no se bañase en la piscina. Eso creí decirle. Seguro no lo hice. La vi lanzarse en el agua una vez más, mirarme cada tanto, hacerme muecas divertidas mientras nadaba. Me encantó. Dejé de beber whisky un rato al tiempo que ella braceaba en la piscina. Luego fingí servirme refresco, y juntando el fondo de varios vasos abandonados por mis amigos hice un trago aceptable que casi seguramente era una mezcla de ron, cerveza y algo de ginebra.

Luego me adormilé. Sólo un poco, porque recuerdo el color de un cielo terso, las nubes lentas, el rostro de Javier jugando solitarias partidas de ajedrez en un rincón, y al fondo la voz de Ana Enriqueta contándole a Mónika que se había divorciado de Javier para casarse con Harry pero que seguían siendo muy amigos, sobre todo porque Javier no conocía a nadie más. Alcé la cabeza un par de veces; prefería que esa conversación no siguiese su curso pero el cerebro se me fue llenando de un aire tibio.

Desperté cuando Mónika me sacudió un par de veces. Dijo que se había hecho de noche, que estaba aburrida, que Ana Enriqueta le había propuesto hacer un trío con ella y con Harry, que necesitaba beberse un nestea, que mañana tenía examen de historia del arte. Hundí el rostro en la piscina para despejarme. Le pedí que no se lo tuviese en cuenta a mi amiga, a veces tenía esos arranques y había dicho que no quería morirse sin probar una mujer.

Eso no me importa, tampoco me asusta ni me interesa, cortó Mónika, pero es que la cabrona me ha ofrecido dinero. Está convencida de que me has traído pagándome.

Volví a hundir la cabeza en la piscina. Mañana hablaría con la imbécil de mi amiga. Sin secarme el cabello busqué las llaves del coche. Mónika dijo que ella conduciría. Le dije que sí, pero justo en ese momento se escucharon gritos. Luis Enrique le soltó un puñetazo a Oswaldo y lo lanzó al agua. Me lancé tras mi amigo. Lo había visto hacer en las películas muchas veces, pero me asusté: las piernas y los brazos no me respondían. Mónika alargó una toalla y me fue halando hasta la orilla. Es curioso: yo estaba muerto de miedo y a la vez contemplaba los hombros de Mónika y pensaba que eran tan bellos, que eran tan deliciosos, y al ver esos hombros pensé que al menos debía fingir tranquilidad, que mi chica no

debía verme aterrado, que debía morir con algo cercano a la elegancia, y mientras elegantemente fallecía entre aguas llenas de cloro fui dando pequeñas brazadas hasta que alcancé la orilla.

Caí exhausto.

Harry sacó a Oswaldo de la piscina pero Luis Enrique volvía a insultarlo y le dijo que era un cabrón patético, que para ligar llevaba diez años diciéndole a las mujeres que sufría un cáncer de estómago, que al menos él se limitaba a esconder su mano en el bolsillo y no a dar lástima ni a pedirle a las chicas que se desnudaran para llevarse esa última imagen antes de morir.

Me pareció inútil preguntarle a Mónika si Oswaldo le había contado esa historia mientras yo dormía. Sabía que sí. Lo hacía siempre. El tratamiento; la sobrevida; una lejana, casi inútil posibilidad con un médico en Houston, tú me podrías ayudar tanto en estos últimos meses, tu amor puede ser un refugio, una casa para la despedida. Pero ahora mismo la culpa de esta pelea no era suya: había comprado salchichitas de cóctel, acababa de colocarlas en la mesa para que picásemos algo y Luis Enrique lo sintió como una burla y comenzó a soltar los puños.

Yo miré a Mónika. Le hice una seña diciéndole que esperase un poco, que ya nos marchábamos. La contemplé: pálida, inmóvil. Parecía una piedra.

Recuerdo que me sorprendió ver el cielo lleno de estrellas. No recordaba haber visto tantas desde hacía muchos años cuando iba con mis padres al campo. Alcé el rostro para mirar hacia arriba pero escuché el grito de Mónika y logré espabilar justo en el momento en que Luis Enrique lanzó el cuenco lleno de salchichitas contra Oswaldo. Me pasó muy cerca de la cara. Demasiado cerca. Tuve que respirar hondo para no darle un puñetazo a mi amigo. Me di la vuelta para marcharme. Que lo arreglasen Harry y Javier, que se ocupasen ellos de calmarlos. Yo me largaba.

Entonces vi a una tambaleante Ana Enriqueta decir algo en el oído de mi novia. Una frase tan sólo. Cuatro, cinco palabras de las que sólo pude escuchar el principio; "Algún día, Mónika, algún día…".

Pensé que estaría insistiéndole en lo del trío. Luego comprendí perfectamente que no se trataba de eso. En los ojos de mi chica no había hartazgo, no

había aburrimiento, sólo una suerte de sombra, de opacidad, como si le hubiesen pinchado una vena y una sangre negra le estuviese llenando los huesos y los músculos.

Caminé hacia Mónika pero cuando me acercaba gritó que se iba ya mismo, que se marchaba en este mismo instante pero completamente sola, se marchaba sola, y de inmediato.

Lo recalcó varias veces. Después salió corriendo. Quise seguirla, pero di un traspié y caí justo enfrente de Ana Enriqueta, que me miró distante mientras al fondo Javier y Harry comenzaban a insultarse entre ellos.

Me puse de pie. Las rodillas me sangraban. Pensé en carbones; en hierros al rojo vivo. Escuché el motor de mi coche que se alejaba por la carretera. Supe que Mónika haría bien las cosas. Lo dejaría aparcado cerca de mi casa; me enviaría un mensaje con los datos exactos de la calle; me diría que no volviese a llamarla.

Ya conocía yo ese tipo de frases.

Los días siguientes yo sentiría que cada minuto tenía doscientos cuarenta segundos y pensaría "en el próximo minuto me muero, joder, en el próximo minuto me muero, en el próximo minuto", y miraría el móvil esperando una llamada que nunca llegaría, "pero en el próximo minuto me muero, en el próximo minuto".

Caminé hasta la piscina y me mojé el rostro. ¿Qué le habría dicho Ana Enriqueta a Mónika para ponerla de ese modo? Tendría que preguntárselo ahora. Reclamárselo. Mañana no lo recordaría.

No tuve fuerzas para moverme. Me pareció que los gritos se iban calmando y alguien proponía abrir una botella de Vega Sicilia que nos había quedado de los últimos tiempos prósperos de la agencia.

Imaginé que en media hora Mónika ya estaría en la ciudad. Contemplé la piscina. Era noche cerrada y el agua refulgía. Quedé perplejo al ver un montón de trocitos flotando. Pensé que se trataba del reflejo de las estrellas. Luego comprendí que eran las salchichitas de cóctel que Luis Enrique le había tirado a Oswaldo. Parecían peces asfixiados.

En el próximo minuto me muero, pensé.

Harry preguntó si yo quería una copa y le hice una seña diciéndole que más tarde. Miré mis rodillas.

En el próximo minuto me muero.

Pero no. Al final uno no se muere nunca, dije.

Luego hundí mis piernas dentro de la piscina.